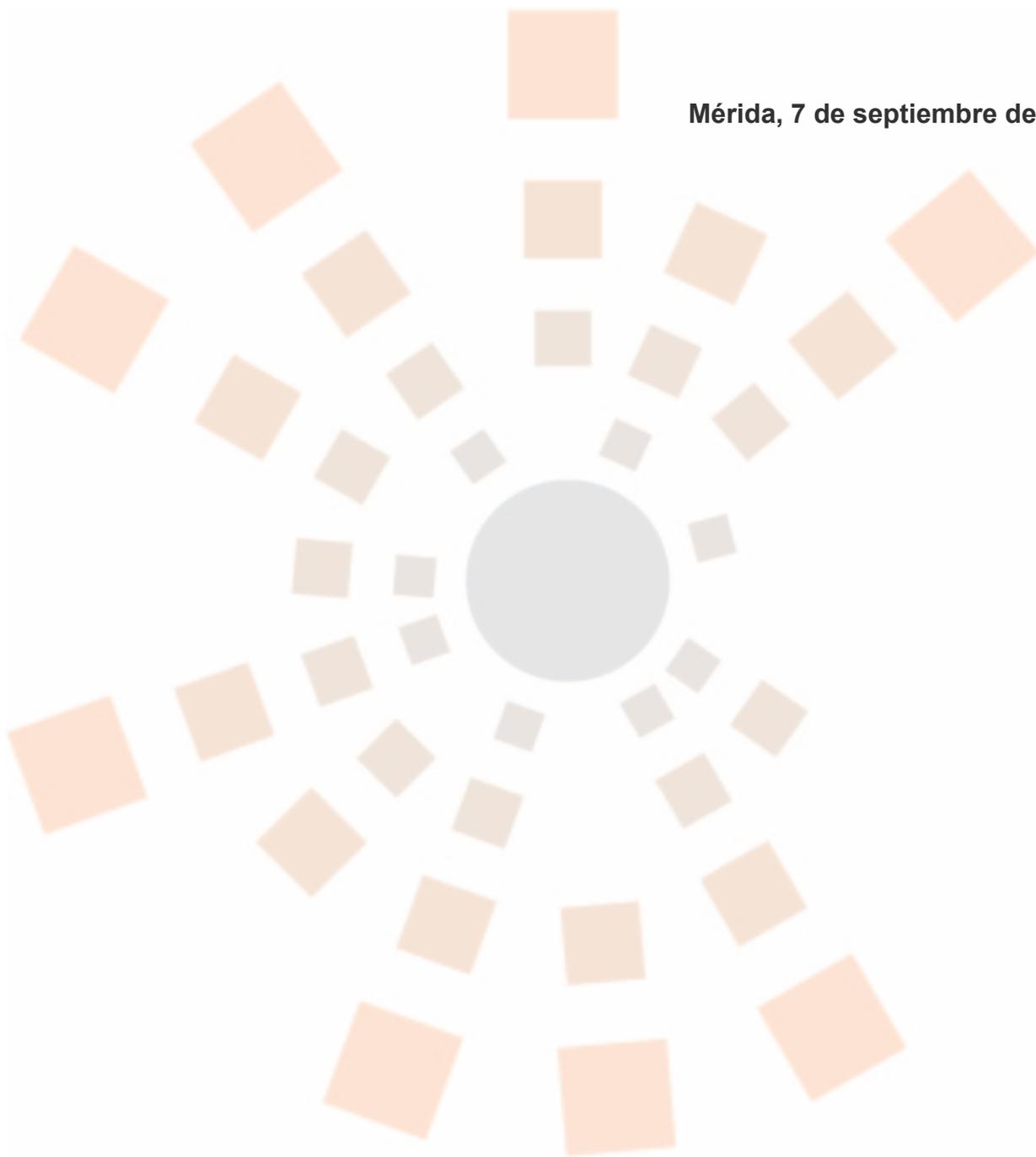


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE
CON MOTIVO DEL DÍA DE EXTREMADURA**

Mérida, 7 de septiembre de 2003



DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL DÍA DE EXTREMADURA

Mérida, 7 de septiembre de 2003

Excmas. e Ilmas. Autoridades, Sras y Sres. Queridos amigos, queridos paisanos.

Seis nuevos galardonados se unen ya a la extensa nómina de las personas y entidades que, al recibir la Medalla de Extremadura, asumen un renovado compromiso de lealtad con la región que les vio nacer o en la que han desarrollado una labor destacada social, económica, cultural o profesional. La amplitud y diversidad de nuestra sociedad, su madurez y su creciente complejidad, tienen un reflejo en esos sillones y las personas que los ocupan.

No son ellos, ni siquiera en conjunto, una transposición completa de Extremadura, sino sólo una muestra. Pero una muestra que, personalmente, considero de gran valor para el resto de los ciudadanos. Afortunadamente, esta nómina se ampliará año a año con nuevas incorporaciones, y los extremeños tendremos más espejos en los que mirarnos colectivamente como un pueblo que avanza.

Creo que contando ya con una larga experiencia y una extensa relación de premiados, sería el momento de tratar de convocar a todos ellos a una reflexión colectiva sobre la región. Estoy seguro de que estas voces experimentadas pueden ser enormemente útiles a la sociedad, no sólo con sus actividades propias, sino, también, como parte de una meditación de conjunto.

Una tarea a la que se incorporarán también los galardonados de este año. Dos creadores y cuatro entidades beneméritas. Una actriz, Florinda Chico, que ha paseado su sabiduría escénica por los teatros y los platós, y que siempre ha hecho gala de su nacencia extremeña; una de esas paisanas que crea en toda España la idea de que los extremeños somos personas trabajadoras, abiertas y simpáticas. Un músico, Luis Pastor, que ha alcanzado un reconocimiento popular a base de confianza y de trabajar duro durante años en todos los escenarios, incluso en los más modestos de los pueblos de la tierra, y que no es un producto, afortunadamente, de mercadotecnia televisiva como los que tanto se llevan hoy. Una centenaria presencia religiosa, pero también cultural, en el corazón de la Vera, nuestro Monasterio de Yuste, pero también de todos los europeístas; un monasterio que vive con jerónima paciencia las incursiones de los turistas, de los políticos, de los pensadores, de los arquitectos, en el tono y en el entorno de una vida retirada. Una Asociación a la que debemos mucho los extremeños y todos los españoles, la de Víctimas del Terrorismo, pues no en vano son quienes han pagado en primera persona el injusto peaje de toda

la sociedad en nuestro denodado esfuerzo por acabar con el asesinato terrorista que amenaza a todos, con la diferencia de que ellos lo hacen desde la silla de ruedas o desde la dolorosa visita a los cementerios. Una entidad financiera, la Caja Rural de Almendralejo, que, superando una imagen tradicional de este tipo de empresas, se ha volcado con su entorno en una labor que va, desde luego, mucho más allá de prestar servicios a sus clientes, convirtiéndose a veces en alma de muchos proyectos culturales y sociales de su ciudad matriz y de los alrededores. Y, finalmente, un centro educativo, la Escuela de Arte de Mérida, que se une a otros centros galardonados porque también puede exhibir una larguísima trayectoria de dedicación a la transmisión del saber artístico cuando aquí, en Extremadura, apenas había sitio donde aprender nada. A todos, nuestra emocionada felicitación y agradecimiento.

Muchos galardonados, en ésta o en anteriores ediciones, pudieran tener la sensación o el pensamiento de que después de premiados, olvidados. Ya he dicho que me propongo convocarles, de vez en cuando, para oírles, para que no piensen que nuestro compromiso con ustedes y el de ustedes con nosotros termina en el momento de imponerles la Medalla. Pero sobre todo quiero que esa sensación no sea jamás sentida por la Asociación de Víctimas del Terrorismo. La entrega de esta Medalla no supone un final a la memoria de los que han sido asesinados o de los que salieron con vida de un atentado. Nuestro recuerdo a los que dieron la vida y a sus familiares es y será constante, mes a mes, día a día. Nuestro agradecimiento a los que siguen entre nosotros y a sus familiares siempre será eterno.

Las palabras que, año a año, tengo el privilegio de pronunciar ante todos ustedes son una ocasión para la reflexión sobre el ser y el estar de nuestra región, sobre nuestra identidad colectiva y nuestra imagen, sobre nuestra posición, en definitiva, en el conjunto nacional.

Es la primera vez que voy a pronunciar un discurso habiendo oído ya las críticas al mismo. Espero no defraudar a mis visionarios comentaristas.

En esta ocasión vuelvo sobre una idea que me obsesiona: contribuir a eliminar esos restos de un carácter pesimista y pasivo con el que se dibuja tradicionalmente o se dibujaba tradicionalmente a los extremeños y que, desgraciadamente, parecen reaparecer, como un Guadiana, a poco que se les dé pábulo o excusa. Y con una peculiaridad añadida, consistente en un decidido afán de exageración, con un infantil deseo de destacar incluso en lo negativo.

Y lo peor no es tanto esta forma de ingenuidad, que a veces se apodera de nosotros, sino el efecto que tiene sobre nuestra imagen y nuestra autoestima cuando el tópico es atrapado al vuelo por quienes se guían sobre nuestra realidad por la imagen tópica que nosotros mismos proyectamos algunas veces.

Hemos tenido recientes ejemplos. Basta que a alguien se le ocurra una frase ingeniosa para que el resto la repitamos como papagayos. Si en Cataluña, los incendios de este verano, que se cobraron seis vidas humanas, se extendieron y tardaron en controlarse una semana, fueron por culpa del calor y del viento, en Extremadura, evidentemente, la culpa fue la supuesta falta de medios. Ya es sabido, por todos los españoles, que aquí, en Extremadura, ni hace viento y mucho menos calor.

La paradoja nos demuestra, una vez más, que las cosas no son como son sino como se quiere que sean. La realidad no es lo que es, sino lo que parece. Los niños vienen de París... Los niños vienen de París -algunos llegan al teatro romano de Mérida-, los crímenes de la España profunda, y la verdad viene de Madrid o de Cataluña en forma de editoriales o noticias de lo nacional. Y los extremeños, para saber como somos, algunas veces, nos miramos en el espejo ajeno; en el espejo trucado que nos devuelve una imagen fea y distorsionada, pero ajustada eso sí a los viejos tópicos. Así ha sido siempre y por eso estamos entrenados para escupir la imagen del espejo de feria, cuando, en realidad, deberíamos entrenarnos para escupir al espejo que nos deforma y nos afea. Algunos, cuando no aparecen en el espejo, reclaman su presencia acudiendo a cualquier exageración tan del gusto periodístico y dando, de nuevo, argumentos a los de fuera para que sigan fabricando espejos que nos distorsionan y que permite a los de dentro volver a escupir sobre una imagen que ellos mismos han contribuido a distorsionar.

Cuanto más se truca la imagen, más fea nos parece, y cuanto más fea nos parece, más disminuye nuestra autoestima como pueblo. Y ahí radica, señoras y señores, nuestra desventaja. Hay veces que tengo la sensación de que nos minusvaloramos excesivamente poniendo en peligro nuestras posibilidades. Quien tiene una baja estima de sí mismo tiene limitadas sus posibilidades de avanzar y de fijarse objetivos ambiciosos. No haré en este discurso una enumeración de los éxitos que los extremeños hemos conseguido a lo largo de estos veinte años de autonomía. Los entrenados para escupir en el espejo pensarían que estoy tratando de ocultar la parte menos buena de nuestra realidad o que estoy intentando edulcorar la realidad de nuestra región. Pero sí diré que a un pueblo hay que juzgarlo por los esfuerzos que realiza y no por la clasificación que ocupa en el ranking nacional. Y yo me siento absolutamente orgulloso y satisfecho del esfuerzo que hemos hecho en estos 20 años de autonomía. Estoy convencido de que los más viejos del lugar aún se están restregando los ojos para creer lo que han visto en estos años. Si a mí, si me ponen un documento en 1983, cuando empezamos, diciendo que firme por la mitad de lo que hemos conseguido en esta veintena de años, hubiera firmado. Y lo hubiera hecho, porque entonces sí que teníamos baja la autoestima y las posibilidades. Hoy no firmaría, para los próximos diez años, más que por el doble de lo que hemos conseguido en estos últimos veinte. Ésas son las marcas que debemos proponernos colectivamente, los retos que debemos fijarnos y proponernos conseguir.

Y en esta tesitura, ¿de qué tenemos que avergonzarnos? ¿De qué tenemos que acomplejarnos? Pero...¿qué tenemos que envidiar a otros como para suponer que ellos son más o nosotros somos menos? Que cada uno de nosotros haga un ejercicio mental de imaginar una escena o una situación y la compare con esa misma escena o situación en otras autonomías. Como además hemos sido un pueblo emigrante no nos costará encontrar a un familiar, a un amigo o a nosotros mismos, cuando fuimos emigrantes, viviendo esa escena o esa situación fuera de nuestra región.

¿Pero qué es esto de que cuatro profesionales del desencanto nos intenten hacer creer que aquí se trabaja menos, se emprende menos, se ambiciona menos, se lee menos, se escribe menos, se mata más o se cultiva la mente menos que en otras partes?

Pero si aquí la gente va más al teatro que al fútbol. Pero si aquí, en relación con la población, hay más compañías de teatro que en ninguna otra parte de España.

Pero si aquí tenemos una biblioteca en cada pueblo. Viajemos un poco por España y comprobemos el estado de nuestras carreteras interiores con las de otras comunidades, o la sanidad, o la educación, o los medios de comunicación, incluida la prensa escrita y comparemos. La estadística es una cosa y la realidad es otra. La realidad se modifica poco a poco y con esfuerzo personal y colectivo; la estadística puede cambiarse sin que nada cambie. Bastaría, por ejemplo, que Sevillana o Iberdrola trasladaran su sede social y se radicaran en Extremadura para que la estadística cambiara, pasáramos a ser más ricos estadísticamente, pero nuestra realidad seguiría siendo la misma, porque la distancia entre ser más o menos ricos hay veces que sólo está en la ubicación de la sede social de determinadas compañías.

En este veinte aniversario del Estatuto de Autonomía y en esta antesala del Día de Extremadura hago un ruego a todos: Por favor, créanselo un poquito más. Aumentemos nuestra estima. Tengamos más confianza en nosotros mismos. Hace un par de meses, un escritor de cartas al periódico comentaba mi afirmación de que si España crecía más que Europa y Extremadura más que España, Extremadura crecía más que Europa. Ese escritor, en un ataque de baja estima y de complejo de inferioridad, dijo con tono chusco: a este paso vamos a crecer más que Estados Unidos. ¿Y por qué no?, añadido yo. ¿Qué lo impide? ¿Quién ha dicho que no podemos crecer en valores relativos más que Estados Unidos? ¿Acaso no crece España más que Alemania, a pesar de la diferencia de riqueza entre ambos países?

Seamos más cuidadosos en la defensa de nuestros intereses colectivos. Sólo unos cuantos tenemos la responsabilidad de gobernar, pero todos estamos capacitados para opinar y la opinión de cada uno de nosotros vale y resuena tanto como la de cualquiera. Abandonemos esa afición nuestra a exagerar las cosas que aquí ocurren porque cada exageración puede significar un enorme perjuicio en nuestra economía o en nuestra imagen como región. No pido que se oculte lo negativo, ni que se abandone la crítica, ni que no se busquen responsabilidades en quienes, por tener la máxima representación institucional, tenemos la obligación de asumirlas e incluso de poner nuestra cara para que nos la partan cuando la desgracia se apodera de nosotros. Sólo pido que no hagamos comentarios desproporcionados. ¿Se sabe cuánto daño hace a la economía de la región cuando alardeamos inútilmente de que aquí hace más calor en verano que en ninguna otra parte de España? En algún programa de televisión he visto como un ciudadano de Badajoz y otro de Córdoba pugnaban, a través de los mensajes que se superponen en la pantalla, para ver dónde hacía más calor. Cada vez que nuestro paisano exageraba la medición del termómetro, me acordaba de los industriales del turismo extremeño y de los clientes que se estarían perdiendo por ese afán desmedido de querer demostrar al resto de España que aquí no nos gana nadie en cuanto a calor se refiere.

Nuestras temperaturas, las más altas. Nuestros incendios, los más grandes del país. “Arrasadas Las Hurdes”, decían unos; “Arrasada la Sierra de Gata”, decían otros. Si todas esas comarcas hubieran sido arrasadas, ya tendríamos que tener la suficiente prudencia para no airearlo a los cuatro vientos, máxime si no ha sido cierto. Ya está bien que disfrutemos teniendo las sandías más grandes, las calabazas más grandes, pero querer presumir de tener los fuegos más grandes de España es pretender, inconscientemente, buscar la ruina de comarcas enteras que no aspiran a vivir de la limosna o de la subvención, sino de la explotación de sus recursos. Sé que al decir esto me arriesgo a que los profesionales de la desgracia piensen que estoy tratando de eludir responsabilidades minimizando los sucesos. No es eso lo que me

inquieta, y menos después de 20 años. Lo que me quita el sueño es que las palabras hagan más daño que los incendios o las temperaturas a tanta buena gente que trabaja y que sueña en esas zonas. Contra los fenómenos de la naturaleza se puede luchar y estamos haciéndolo, y ganaremos la batalla. Contra las palabras es imposible ganar, porque quienes no nos conocen siempre darán más crédito a lo que dice la gente que a lo que dice el político de turno, máxime cuando estamos llegando a un momento donde, después de Marbella, se confunde al político con el politiquero, de igual forma que se confunde, por los pocos avisados, al médico con el curandero.

Tengamos más confianza en nosotros mismos, sin ingenuidades y sin cerrar los ojos a las partes menos brillantes de nuestra realidad. Pero sin caer en pesimismo o en exageraciones dañinas, no sólo porque nos interesa como extremeños, sino porque interesa al resto de los españoles ahora que nuestro país necesita voces creíbles y respaldadas para entrar con fuerza en el debate sobre nuestra unidad nacional y sobre los vértigos de los nacionalistas.

Yo creo que nuestra región se ha ganado un espacio merecido en el concierto nacional a la hora del eterno debate sobre la unidad territorial, tanto desde el punto de vista político, como desde el punto de vista socioeconómico. Esa voz en el panorama nacional es un activo político muy importante que debemos preservar y usar en beneficio de España. Sobre todo porque existe una extendida impresión de que nos esperan tiempos difíciles a los españoles en lo que toca a la unidad nacional, por la situación general del país y por la ofensiva nacionalista. En España hacen falta portavoces consolidados que en los territorios y desde la periferia apuntalen esa posición fuerte sobre la cohesión nacional. España necesita contrapoderes centrales, pero también territoriales, a esa ofensiva. Esa tarea no puede ser sólo del Gobierno o de las Cortes, es muy importante que se escuchen voces y opiniones autonómicas asentadas, con capacidad para dejarse oír, con voz y autoridad reconocida, con presencia nacional y europea. Ese papel lo pueden y lo deben jugar regiones como Extremadura y otras periféricas.

Tenemos un peso como región que nos ha costado mucho conseguir, tenemos la capacidad de ser escuchados con atención y eso vale mucho en estos momentos. Tenemos una presencia en la política nacional que es, hasta cierto punto, una especie de salvavidas en un ambiente en el que los más fuertes se apoyan en los más débiles o en los mudos para escalar hacia zonas más seguras. Ahora los extremeños y los españoles saben que con Extremadura se puede negociar todo, porque tenemos verdadero sentido de Estado, pero no se nos puede imponer nada injusto, porque no nos callamos ante nada ni ante nadie. Extremadura podría llegar a ser una de esas víctimas propiciatorias de esta escalada nacionalista, como otros territorios, por eso debemos estar preparados para esa batalla dialéctica pública y debemos ser un refuerzo de los poderes centrales, sean del PP o del PSOE. Cada vez que los nacionalistas dan un pasito más, yo lo que veo es el pasito menos que puede suponer para nosotros, para los extremeños, y por eso los próximos meses, los próximos años tienen que tenernos preparados para la defensa de lo nuestro, que es lo español y lo extremeño.

Por eso he dicho, y repito aquí hoy con más solemnidad, que el Gobierno de España puede contar con la voz de Extremadura para defender la cohesión nacional frente a esos ataques; que no esperen nunca de nosotros deslealtades desde este punto de vista; que tenemos muy claras las prioridades y que podemos hacer uso

precisamente de este carácter periférico para decir cosas que a lo mejor el propio Gobierno de España no conviene que diga.

No es el Gobierno, por tanto, son los otros los que no pueden soportar que desde regiones como la nuestra alcemos la voz y se nos escuche en toda España; por eso se indignan cuando descubrimos sus trampas en el juego, por eso los nacionalistas radicales me insultan en los periódicos que les son afines en sus regiones, y ponen hasta en duda mi representatividad. Lamento que les moleste que represente a los extremeños, a todos, y no me duelen prendas si por representarles y defender sus intereses causo tanto desmelene en algunos, que tomen valeriana, porque los extremeños, si de mi depende, no van a volver a esa mudez a la que quieren conducirnos con una sarta de insultos personales. Y todo eso vamos a jugarlo en los próximos meses, en los próximos años.

Yo me he comprometido con los extremeños en las últimas elecciones a seguir jugando ese papel con la misma convicción que hasta ahora, pero más arropado porque este asunto nunca había sido expuesto claramente en una oferta electoral, en unas elecciones. Yo lo hacía antes, pero a veces tenía la sensación de que los extremeños preferían que me concentrase en los asuntos domésticos; pero ahora no, ahora eso está ratificado electoralmente y eso me da más fuerza si cabe para plantearlo como compromiso de gobierno y de la región en esta antesala del Día de Extremadura.

Muchas gracias.